

Abdallah de Jordania guerrero y poeta

Por
JUSTO PERAL DE ACOSTA



El Rey Abdallah, autor de un erudito tratado sobre el caballo árabe, discute sobre la materia con el comandante de su Legión Árabe, el general Glubb Pachá.



ElS colinas, siete valles, cursos de agua serpenteando entre lechos de guijarros, casas agrupadas en las faldas de los montículos, ruinas que se remontan a la época de los griegos, los nabateos y los romanos, los vestigios de la antigua Filadelfia coronando una de las colinas, un pequeño palacio moderno sobre otra y, en las afueras, las tiendas oscuras de los campamentos beduinos. Esto es Amman, la capital del reino de Jordania, cuyo Soberano, Abdallah I, estará visitando España cuando ustedes lean estas líneas.

Una capital pequeña y un país pequeño, porque toda Jordania apenas mide 100.000 kilómetros cuadrados de territorio, de los que el 80 por 100 son desiertos, habitados sólo por tribus de beduinos, nómadas, que van de pozo en pozo a la busca de unas hojas de hierba para sus cabras y sus camellos. Extrañamente, a este país pequeño y desde su pequeña capital lo gobierna un gran Rey: Abdallah ibn Hussein al Hachemi, vástago de una ilustre familia, para la que la mayor parte de los últimos cincuenta años han sido de adversidad y cuya estrella ha comenzado de nuevo a remontarse gracias a los esfuerzos del Soberano de Jordania.

Su Majestad Abdallah de Jordania nació hace setenta años; su padre era el Rey Hussein del Hiyaz, Sheriff de la Meca y Custodio de los Santos Lugares musulmanes; su vida parece arrancada a un capítulo de «Las mil y una noches». Oficial del Ejército del Sultán mientras su padre estuvo en buenas relaciones con la Sublime Puerta, Abdallah, que, con su hermano Faisal, capitaneó la revuelta árabe que independizó a su pueblo del imperio otomano, ha pasado gran parte de su vida patrullando el desierto a lomos de camello y luchando, al frente de un puñado de beduinos, contra el poderoso ejército turco. De aquella época, en la que tuvo a su cargo la custodia de la ciudad santa de Medina, datan algunos de sus mejores recuerdos, como el del día en que capturó a un grueso pachá turco que se encaminaba al Yemen con una caravana cargada de ricos regalos, importantes documentos y 20.000 libras en oro. De aquella época data también el duro entrenamiento militar que le valió el sobrenombre de «Espada del Desierto».

Una de los colaboradores de Abdallah durante la revuelta árabe fué el legendario coronel Lawrence de Arabia. «La vida reserva, sin duda, grandes cosas a este joven Príncipe», escribió Lawrence a raíz de su primera entrevista, a la que Abdallah acudió montado en una mula blanca ricamente enjaezada y rodeado de un brillante séquito de esclavos y guerreros. Pero cuando los árabes se hubieron librado del yugo otomano, Inglaterra se libró de cumplir las promesas que había hecho al anciano Hussein. En lugar de permitir la formación de un solo reino árabe independiente bajo la familia hachemita, la Gran Bretaña se reservó el mandato sobre Palestina, permitió que los franceses ocuparan Siria y el Líbano y vió impasible cómo un oscuro guerrero de los desiertos de Arabia expulsaba de su reino al Rey Hussein, último Califa de los Creyentes, descendiente en línea recta del Profeta, a través de treinta y ocho generaciones de la más pura sangre árabe.

A treinta años de distancia de aquella época, Abdallah puede vanagloriarse de haber hecho un buen trabajo en su pequeño país. Su pueblo es hoy el más pacífico y disciplinado del mundo árabe; su pequeño ejército, el más eficiente del Oriente Medio. Esto ha permitido que, sin tantas inútiles estridencias como han derrochado los dirigentes de otros países árabes, Abdallah haya sido el verdadero campeón de la causa árabe en Palestina y el único que pueda vanagloriarse de haber derrotado a los judíos. Como consecuencia de la guerra con Israel, su corona comprende hoy 10.000 kilómetros de territorio al Oeste del Jordán, incluyendo la ciudad vieja de Jerusalén, santuario cristiano y musulmán, en cuya mezzquita de Omar descansan las cenizas de su padre Hussein.

Este ha sido el tercer triunfo de su Legión Árabe, un triunfo al que quizá sólo haya superado en dificultad el primero, obtenido sobre las belicosas tribus de beduinos de su país. De aquellos tiempos la Legión conserva todavía

su romántica y vistosa «Patrulla del Desierto», una policía de la que podrían tomar lecciones de eficacia las de muchos países occidentales. Otra campaña de la Legión le sirvió a Abdallah para saldar cualquier deuda de gratitud que pudiera tener con Inglaterra: fué la obtenida en 1941 al sofocar la revuelta germanófila promovida en el Irak por Rachid Ali al Kailani.

* * *

Aunque los años le hayan hecho perder algo de su vitalidad, Abdallah sigue haciendo hoy honor a su reputación de hombre dotado de encanto personal, simpatía y un extraordinario sentido de la hospitalidad. Su espíritu guerrero no ha decaído en nada, y en la lucha contra los judíos el año pasado dirigió personalmente la conquista de la ciudad vieja de Jerusalén, en la que entró con sus tropas cuando todavía humeaban las ruinas de los bombardeos y en medio de un violento duelo de artillería.

Como gobernante, Abdallah es conservador hasta un punto que en Europa se consideraría reaccionario, y no le importa declararlo. Considera las reformas económicas como un anatema y cualquier nuevo impuesto fiscal como el primer paso en la pendiente del marxismo.

Profundamente religioso, su vida privada es un ejemplo para los creyentes: sus comidas están invariablemente amenizadas por la lectura de versículos del Corán; recita religiosamente sus cinco oraciones diarias y lleva siempre una brújula en el bolsillo para estar seguro de que lo hace en la dirección de la Santa Kaaba. Tiene sólo tres de la cuota musulmana de cuatro esposas y cuatro hijos, dos de ellos varones, los príncipes Talal y Naif, sobre los que ejerce una inflexible autoridad paternal, que no excluye, en ocasiones, el empleo de los castigos corporales.

Sus relaciones con sus súbditos están impregnadas de esa maravillosa mezcla de teocracia y paternalismo característica de los Monarcas árabes. Aunque es inflexible en los castigos, sus súbditos están seguros de encontrar su clemencia y su ayuda cuando la merecen y saben que las puertas de su palacio están abiertas hasta para el último pastor de camellos de su reino. Lo que más le molesta son las infracciones de la regla coránica, y durante sus viajes no es infrecuente que se ape de su magnífico Daimler para reprender severamente a alguna de sus súbditos cuyo velo no es lo suficientemente tupido.

Quizá el rasgo más característico de



Dos de los palacios reales: a la izquierda, el de invierno, en Shune; a la derecha, el de verano, sobre una colina de Amman. Abdallah posee otro todavía en Irbid.

La bandera de Jordania es exhibida con orgullo por estos dos soldados de la Legión Árabe. La Legión está considerada como el mejor ejército del Oriente Medio.

Abdallah sea un infalible sentido del humor, verdaderamente notable para su edad. Una de las habitaciones más importantes de su palacio es la «galería de los espejos», formada por varios espejos que deforman grotescamente la figura. La adquirió de una caseta de feria de Londres, y hace pasar por ella a todos los «sheikhs» beduinos que van a visitarle. Una vez un visitante que le surgiría que había pocos médicos en el país recibió la siguiente respuesta: «La educación médica no les va bien a mis beduinos. Ya se cortan bastante los unos a los otros, tal y como están las cosas.»

Su simpatía es abrumadora. Tiene la rara virtud de conservarse siempre en su puesto sin respetar demasiado los protocolos, y una persona recibida en audiencia puede, como le ocurrió al que escribe estas líneas, encontrarse inesperadamente invitada a almorzar en palacio y charlando amistosamente con el Rey sobre las travesuras de su vieja gata blanca y tuerta, «Kutna», por la que Abdallah siente un cariño especial.

Sus ocios los dedica a la literatura y está considerado entre los entendidos como una figura notable en la poesía árabe actual. Ni siquiera cuando luchaba contra los turcos faltaron nunca en sus campamentos del desierto uno o dos cantantes y recitadores de versos. Su obra maestra versa sobre la cosa más próxima al corazón de un buen árabe: los caballos.

Otro de sus pasatiempos favoritos es el ajedrez, del que es el único reformador conocido en los miles de años que tiene de existencia. La reforma fué introducida por Abdallah y su entonces primer ministro Samir Pachá Rifai, en el año 1945; consiste en la introducción de tres nuevas piezas: el tanque, el «caza» y la bomba atómica. Una de las últimas partidas del Rey tuvo lugar por correspondencia; su contrincante, uno de los pocos que le han derrotado, fué un sheriff de un pueblito del Estado de Washington, en Norteamérica, y la partida no se interrumpió ni un solo momento, a pesar de que coincidió con la guerra contra los judíos.

Como buen árabe, Abdallah es un amante de los placeres de la mesa; disfruta de un apetito notable para su edad, y una comida en su palacio no tiene menos de ocho platos, el último de los cuales suele ser un pollo asado, que sólo se sirve al Rey. Sus súbditos, que conocen esta debilidad del Monarca, le apodan cariñosamente «Abri Tabich», es decir, «Padre de la Buena Comida».

* * *

El país de Abdallah es pobre; la inmensa mayoría de su extensión está formada por desiertos, que ni siquiera gozan de la presencia de ese don de Allah que es el petróleo. La pobreza de Jordania es tan grande, que los europeos que viven en el país le llaman «la tierra de «nayid mafi», es decir, «la tierra de la abundancia de nada». Las únicas riquezas naturales son unos yacimientos de fosfatos extraordinariamente ricos, pero deficientemente explotados, y unas pesquerías en el Golfo de Akaba, en el Mar Rojo, a las que la falta de un buen puerto y de medios de comunicación impide rendir lo que debieran. Otro de los pocos ingresos del país son los derechos de paso de un oleoducto que lleva a Haifa (Palestina) el petróleo del Irak.

* * *

Desde un punto de vista económico, la anexión de la zona árabe de Palestina apenas si constituye una mejora para el reino de Abdallah, ya que aunque hay en ella tierras cultivables, Jordania ha visto aumentado en casi medio millón el número de sus habitantes (lo que representa casi el 125 por 100 de su población original), como consecuencia del éxodo en masa de los árabes expulsados de Israel. La mejor esperanza de desarrollo económico del país reside en la realización de un proyecto de irrigación del valle del Jordán que exigiría la inversión de muchos millones de dólares.

Pero si económicamente la anexión de esta parte de Palestina no ha significado mucho, sí tiene un gran significado político y, sobre todo, sentimental. Al conquistarla primero por la fuerza de las armas y anexarla después a su reino, Abdallah ha salvado una gran parte de los derechos árabes sobre Palestina. Algunos creen que esta zona debería constituir un Estado árabe independiente; pero con toda probabilidad este Estado sería incapaz de subsistir por sí mismo y acabaría por caer, política y económicamente, en la órbita de Israel, algo especialmente peligroso, dada la tendencia de muchos políticos israelitas a extender las fronteras de su Estado a la totalidad de Palestina.

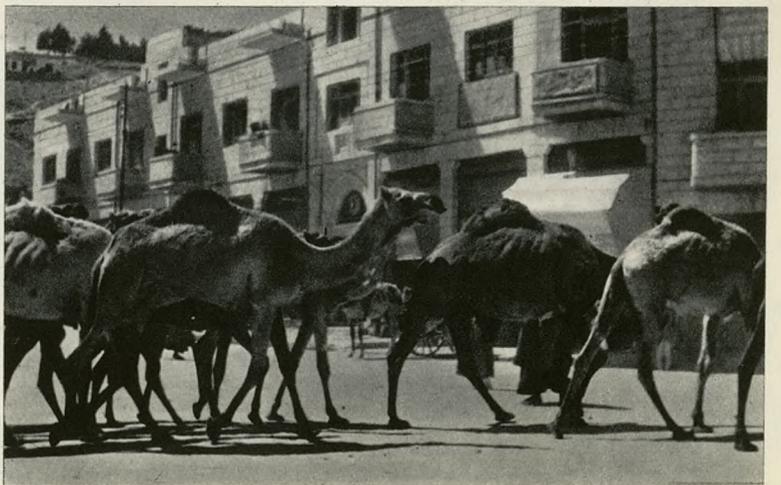
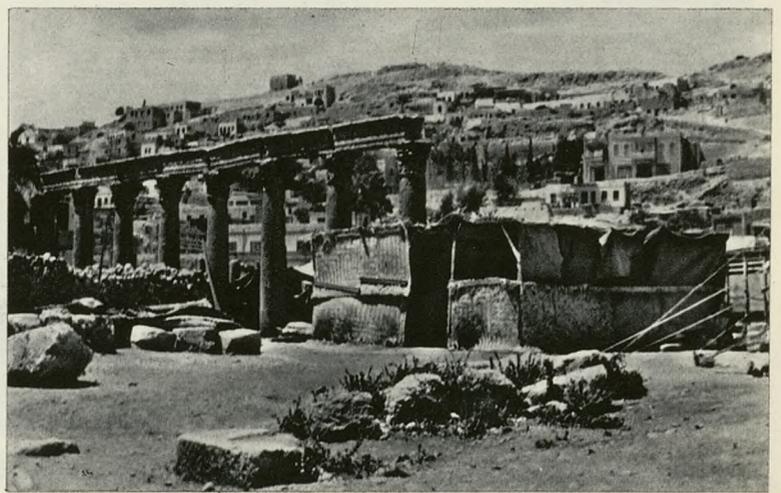
Algunos extremistas de Tel Aviv ni siquiera se detienen ahí y pretenden la restauración de Israel en sus límites históricos, es decir, incluyendo a Jordania. Pero el comportamiento de la Legión Árabe del Rey Abdallah durante la reciente guerra debe haberles convencido de



que esto no será una empresa fácil.

En la actualidad, el punto de ficción más acentuado entre Jordania e Israel es la ciudad de Jerusalén, cuya parte vieja ocupan las tropas jordanas, separadas sólo por pocos metros de los soldados judíos que guardan la ciudad nueva. Israel quiere hacer de ésta su capital y pretende que los proyectos de internacionalización sólo deben extenderse a la ciudad vieja donde se encuentran la mayor parte de los Lugares Sagrados cristianos, musulmanes y judíos. La tesis de Abdallah, que coincide con la de las naciones cristianas, es que para ser eficaz, la internacionalización deberá extenderse también a la nueva Jerusalén, que rodea casi por completo a la ciudad vieja.

Mientras tanto, la principal preocupación del Rey de Jordania sigue siendo el buscar ayuda económica para su pequeño país y el impedir las actividades en él de los agitadores comunistas: «Sólo el general Franco y yo comprendemos realmente el peligro comunista», ha dicho recientemente.



Arriba: Estas columnas romanas son un resto de la pasada grandezza de Amman, la antigua Filadelfia. Abajo: Una caravana de camellos no es un espectáculo infrecuente en las calles de la capital de Jordania.

